

Werner Mackenbach
(Universidad de Costa Rica/ Universidad de Potsdam, Alemania)

El testimonio en Centroamérica: entre memoria, historia y ficción.
Avatares epistemológicos e históricos

[...] y cuando recordaron todos empezaron a caminar para adelante [...]

Luis de Lión, *El tiempo principia en Xibalbá*

La memoria humana es un instrumento maravilloso pero engañoso.

Primo Levi, *Naufragés et rescapés, quarante ans après Auschwitz*

«¿Acaso puede la sociedad guatemalteca reconciliarse, olvidando su reciente pasado?»
(2001: 3) –pregunta Edgar Alfredo Balsells Tojo en su libro *Olvido o Memoria. El dilema de la sociedad guatemalteca*, publicado en el año 2001. En este libro, el periodista y abogado guatemalteco, que fue Comisionado de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), quiere contribuir al análisis de las causas políticas y sociales que resultaron en más de tres décadas de conflictos armados en Guatemala y con ello apoyar los esfuerzos para que las recomendaciones de la CEH sean cumplidas.¹ Resalta la importancia de la memoria en el proceso político de la posguerra para lograr una verdadera reconciliación y un futuro basado en la justicia y no en la mentira:

Olvido o Memoria, el dilema que la sociedad guatemalteca no se atreve a desentrañar. Lo primero equivale a mantenernos dentro de la política oficial de la mentira, de la impunidad y del deterioro moral que nos agobia. Lo segundo, a través de su efectiva divulgación, conocimiento y discusión nos conducirá, con el absoluto respeto a los derechos humanos, hacia el ansiado Estado Democrático del Derecho. (Balsells Tojo, 2001: 4s)

No cabe duda de que lo que el escritor guatemalteco ve como esencial para el desarrollo humano, ético, político y social de su país vale igualmente para Centroamérica en general, y puede ser entendido como sinécdoque de la condición centroamericana actual: La memoria, el derecho a la memoria, su articulación, publicación y divulgación se han vuelto un requisito fundamental, una *conditio sine qua non* para que las sociedades centroamericanas que más han sufrido los traumas de la guerra y la guerra civil, las masacres y los genocidios –pero también Centroamérica como región en conjunto que en los últimos treinta años y más, ha sido afectada por los conflictos armados y sus repercusiones– superen las secuelas de esas décadas y se abran a los caminos hacia un futuro más justo y democrático.

En Centroamérica, en esas tres o cuatro décadas pasadas –al igual que en América Latina en general– ha sido especialmente una práctica cultural-escritural la que ha ocupado un lugar privilegiado en la recuperación de la memoria y la reconstrucción de la historia contra el olvido y el silencio, la omisión y la supresión, la tergiversación y la mentira: el testimonio en sus más diversas formas. En los años ochenta y noventa se volvió un lugar común hacer énfasis en una vinculación muy estrecha entre el testimonio y la historiografía, porque el testimonio «soporta las pruebas de veredicción, se refiere a acontecimientos que han ocurrido, en sentido estricto, en la vida social, y por lo tanto, tienen existencia fuera del discurso» (Zavala, 1990: 250s.). Se habló de su función de «rescate de la memoria colectiva y la comunicación de la historia oculta» (íbid.: 260) e incluso de «la oportunidad –repleta de privilegio y de responsabilidad– de escribir la verdadera historia de nuestro tiempo» (Randall, 1983: 7). El historiador francés Paul Ricœur en su obra *La mémoire, l'histoire, l'oubli* incluso otorgó un papel estratégico al testimonio como puente entre memoria e historia: « [...] el testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre memoria e historia» (Ricœur, 2000: 26, citado en Burgos, 2001: 23).

Sin embargo, parece que a partir de los años noventa estamos confrontados –en Centroamérica al igual que en América Latina en general– con un cambio de paradigma, una transmutación de los valores que dominaban los discursos político-militares y literario-culturales de las cuatro décadas pasadas. En un artículo recién publicado en la revista *Humboldt*, la crítica Nelly Richard señala un fenómeno en el caso de Chile, que muy bien se ha observado hace unos años en América Latina y también en Centroamérica: el auge y el «creciente éxito editorial» de «biografías, autobiografías y testimonios [...], entregando a la voracidad de su mercado de lectores múltiples retazos de las historias privadas de las figuras públicas» (Richard, 2004: 41).² Pese al ataque frontal al humanismo, el sujeto y sus representaciones (literarias) por parte de los teóricos posestructuralistas, Nelly Richard ve un retorno del individuo, del yo en el marco de un «neoindividualismo capitalista que comercializa la instantaneidad del fragmento mediante las técnicas periodísticas de captación de lo humano ‘en vivo y en directo’» (íbid.):

Este nuevo mercado de lo confesional, del que participan biografías, autobiografías y testimonios de personajes públicos, se vale del compulsivo voyeurismo social para someter la interioridad no confesada del sujeto a la extroversión mediática. (íbid.)

Con esto –privilegiando las figuras públicas, que reafirman las versiones «oficiales» de su respectivo campo político (con las diferencias del caso que señala Richard)– esta producción textual y editorial destruye por completo los rasgos esenciales del testimonio y su papel estratégico entre memoria e historia, resultando esta nueva producción textual en verdaderos «anti-testimonios»:

La emergencia del testimonio, como género confesional, suele estar ligada –sobre todo en contextos de violencia y trauma históricos– a la defensa ética de una verdad en primera persona generalmente hablada por la víctima. El testimonio busca despertar una toma de conciencia solidaria en torno a la negatividad residual de un traumático índice de realidad que había sido previamente negado por la Historia. (íbid.: 42)

Según el criterio de Nelly Richard «aquí nada de esto ocurre» (íbid.). Más bien, con el «lanzar de estas pseudo-confesiones al relativista mercado del consumo» se contribuye «a disolver el peso ético de las contradicciones históricas de la memoria política en los flujos amorales del consumo de novedades que sólo busca excitar la curiosidad en torno a los secretos femeninos de lo público y lo privado» (íbid.: 43).

Ya antes –es decir, a partir de finales de los años ochenta e inicios de los noventa– en las prácticas escriturales del testimonio en Centroamérica se observó un cambio de paradigma que iba a la par de los cambios en el discurso político-militar. De manera ejemplar, lo analicé para el caso de Nicaragua: En el campo político-militar, a más tardar con la guerra no declarada de los años ochenta, la guerra de guerrillas, es decir, aquellas formas de la lucha armada que estaban determinadas por las ideologías de los movimientos izquierdistas de liberación nacional y social, fue «ocupada» y «usurpada» por las fuerzas contrarrevolucionarias –la *Contra*–, en su afán de derrocar un gobierno revolucionario. Parece que en el campo literario sucedió algo similar. El testimonio fue caracterizado hasta en los años noventa como «la tendencia subgenérica característica de Centro América» (Zavala, 1990: 380). Asimismo, debido a su estrecha vinculación con los movimientos anti-dictatoriales fue señalado como parte integral de esta misma lucha: Los testimonios –así escribió la crítica norteamericana Barbara Harlow– «no sólo relatan estrategias de resistencia; son en sí mismos una de estas estrategias» (Harlow, 1999: 125). En los años noventa parece que el testimonio fue igualmente ocupado por los marginados del proceso revolucionario mismo, sirviéndoles de medio de expresión, como lo muestra por ejemplo el libro *Una tragedia campesina: testimonios de la resistencia*, publicado en Nicaragua por Alejandro Bendaña en 1991, libro que reúne testimonios de campesinos comprometidos con la lucha anti-sandinista de la *Contra*, y otros.³

Así también, en los mismos años noventa, se ha visto en la narrativa centroamericana un reiterado uso de técnicas testimoniales en una serie de novelas que recurren al testimonio en forma de parodia, ironía y caricatura,⁴ al igual que un creciente número de publicaciones de índole autobiográfica de personajes públicos que –muy similar al caso chileno analizado por Nelly Richard– renuncian a los rasgos originales del testimonio centroamericano, en especial a su pretendida representatividad, haciendo énfasis en el papel particular y dominante del yo.⁵

Finalmente, en el discurso sobre el testimonio se han publicado a partir de la segunda mitad de la década de los noventa una serie de estudios críticos sobre algunas obras fundacionales del testimonio centroamericano y caribeño. En especial, han sido analizados la producción testimonial de Miguel Barnet, la de Rigoberta Menchú/Elizabeth Burgos, Roque Dalton y Sergio Ramírez, resultando estos estudios en el cuestionamiento del supuesto carácter histórico-verdadero, anticanónico y no- o antiliterario del testimonio y su reinscripción en el campo literario-ficcional (ver argumentación posterior).

Obviamente, el testimonio está pasando por una crisis y con esto la representación del pasado, como lo resume Elizabeth Burgos en su artículo «Memoria, transmisión e imagen del cuerpo: Variaciones y recreaciones en el relato de un escenario de guerra insurgente» acerca de la controversia sobre el testimonio de Rigoberta Menchú, en que sostiene en alusión a Paul Ricœur:

[...] que el problema de la representación del pasado no comienza con la historia sino con la memoria; no radica en el registro que hace la historia sobre el pasado, sino en la memoria, en tanto que órgano de la representación del pasado. (Burgos, 2001: 27; ver Ricœur, 2000: 27)

¿Nos encontramos acaso confrontados con una crisis de la memoria histórica y una pérdida del papel estratégico del testimonio entre la memoria y la historia?

Desde la Revolución Cubana, la literatura testimonial ha dejado profundas huellas en la literatura hispanoamericana en general (ver Garscha, 1994: 276) y en particular en los países que intentaron retomar el hilo revolucionario, es decir, en aquellos Estados que atravesaron una larga fase de lucha armada, guerra o guerra civil. En los años setenta y ochenta, el testimonio vivió en América Central un auge nunca visto, por lo que Magda Zavala en su estudio sobre la nueva novela centroamericana, todavía en 1990, señalaba que el testimonio era «la tendencia subgénerica característica de Centro América» (1990: 380).⁶ En los estudios sobre la literatura testimonial centroamericana se ha destacado especialmente su «ubicación estratégica» en los procesos de cambio social (Delgado, 1999: 30; ver Beverley/Zimmerman, 1990: 172, 177ss; Zavala, 1990: 296) e incluso se ha dicho que el testimonio sería la forma literaria adecuada correspondiente a la así llamada ruptura histórica en Centroamérica desde principios de los años setenta. El testimonio sería lo esencialmente nuevo, el corazón de la nueva novela centroamericana:

Con la novela testimonial, Centro América y el Caribe hacen su aportación distinta al desarrollo del género en América Latina como nunca antes, por el número y variedad de propuestas. La novedad novelesca tiene claramente en ella otra expresión. (íbid.: 296, ver 98, 99, 380)

Junto a los innumerables testimonios que han sido publicados en Latinoamérica, y en especial en Centroamérica, a partir de los años sesenta se ha evidenciado también –desde la primera definición conceptual de la novela testimonio por el autor cubano Miguel Barnet (1969, en: Barnet, 1979)– un número prácticamente incalculable de textos analíticos y teóricos sobre el tema.⁷ El polémico punto de partida del discurso sobre el testimonio que empezó a establecerse a finales de los años sesenta (el cual nunca se limitó a Latinoamérica, sino que desde un comienzo se desarrolló con una intensa participación de críticos, académicos y autores latinoamericanos, europeos y sobre todo norteamericanos) consistió en por lo menos dos vertientes. Por un lado, en

una crítica al agotamiento cultural de las sociedades de consumo de los EEUU y especialmente de Europa occidental: la literatura de dichas sociedades se encontraría en un callejón sin salida porque habría desterrado la realidad de sus obras. La «nueva novela», como se estiló decir en alusión directa al *nouveau roman* francés, estaría perdida en juegos formales, «el lenguaje del hombre» se habría separado de «la idea del hombre» y «la palabra del hombre» (Barnet, 1979: 126, ver también 127-129; sobre este punto ver Dröscher, 2001). La novela de Europa occidental se encontraría en crisis. En Latinoamérica, por el contrario, habría surgido una nueva alternativa. Por otro lado, el discurso sobre el testimonio de los primeros tiempos se dirigía directamente contra las novelas del *boom*, las cuales eran acusadas de tener tan poca relación con la realidad y casi ningún contenido real, además de carecer completamente de militancia revolucionaria.

Entonces, lo que estaba en el centro del debate era el problema de la apropiación de la realidad extraliteraria así como su presentación y representación narrativas. Se exigía, como escribe Zavala, una nueva literatura, o más exactamente, una práctica literaria que trascendiera los criterios tradicionales de literariedad y que se caracterizara por los siguientes rasgos: «la asunción de la realidad, la verosimilitud e inteligibilidad de las obras y su carácter militante revolucionario» (Zavala 1990: 247). Esta argumentación fue determinante hasta bien entrados los años noventa para una amplia tendencia dentro del discurso sobre el testimonio, especialmente en las universidades norteamericanas.⁸ Así, todavía en su estudio *Aesthetics and Revolution. Nicaraguan Poetry, 1979-1990*, publicado en 1993, el estudioso norteamericano Greg Dawes sostuvo la tesis, recurriendo a la argumentación de Galeano y Beverley/Zimmerman de que el testimonio habría recuperado el realismo para la literatura o, en sus propias palabras, «history, and popular characters and speaks in colloquial language» (Dawes, 1993: 170), todo lo cual, a su entender, habría sido dejado mayormente de lado por las novelas del *boom*, en tanto éstas sobrevaloraban el inconsciente e insistían en la autonomía del arte (ver *íbid.*).

No obstante, surgió paralelamente a partir de finales de los años ochenta, una serie de estudios críticos que, sustrayéndose a las cada vez más dominantes premisas del discurso sobre el testimonio, propusieron tipologías y clasificaciones sistemáticas del testimonio.⁹ Éstas estaban especialmente dirigidas a superar la fijación en los aspectos de contenido y en la función social de la literatura testimonial y lograron dejar atrás la definición ortodoxa (la cual excluía de modo ostensible una gran parte de la literatura testimonial) que todavía en 1989 había sido propuesta por Beverley y que seguía dominando gran parte de los escritos sobre el testimonio:

By *testimonio* I mean a novel or novella-length narrative in book or pamphlet (that is, printed as opposed to acoustic) form, told in the first person by a narrator who is also a real protagonist or witness of the event he or she recounts, and whose unit of narration is usually a 'life' or a significant life experience. [...] The situation of narration in *testimonio* has to involve an urgency to communicate, a problem of repression, poverty, subalternity, imprisonment, struggle for survival, and so on. (Beverley, 1989: 12s)¹⁰

Los intentos de arribar a una categorización menos estrecha y que no recurriera a una fijación temática se orientaron, en un principio, en criterios tipológicos textuales para luego dedicarse cada vez más a las relaciones de las diversas instancias de la narración en el testimonio y su particularidad en comparación con otros tipos de prosa.¹¹ De hecho, es posible encontrar ejemplos que corresponden a esas categorías en la literatura latino y centroamericana de los setenta, ochenta y noventa (del mismo modo que las clasificaciones se basan siempre en un análisis de textos concretos). Sin embargo, hasta ahora, pese a los numerosos y competentes estudios, ninguna definición universalmente aceptada del testimonio ha logrado imponerse (ver Cortez, 2001). Hay que darle la razón a Elzbieta Sklodowska cuando resume: «Despite all the critical attention it has received, *testimonio* remains undefined.» (Sklodowska, 1996: 84) Esto tiene que ver, sin lugar a dudas, con el carácter heterogéneo del testimonio mismo, lo que llevó a Magda Zavala (1990: 253) a hablar de «la naturaleza titubeante misma de la escritura y de la subordinación de las realidades textuales a las opiniones o teorizaciones de los oradores» y a

Mario Roberto Morales (2000: 28) a referirse a un «dispositivo narrativo fronterizo entre la verdad y la alucinación».

Esto no impidió, sin embargo, que en el discurso dominante sobre el testimonio en el campo literario de Centroamérica en los años setenta y sobre todo en los ochenta, se impusiera una nueva canonización, la cual se consolidó en una serie de características fundamentales atribuidas al testimonio. A ellas pertenece en primera línea la representatividad de lo individual para lo colectivo/la etnia/el pueblo/la nación, el recurso a la historia colectiva/nacional, el proceso de toma de conciencia y de autoexpresión de las voces subalternas, la desaparición del autor como instancia de la narración o, mejor dicho, la relación simbiótica entre testimoniante y autor, el carácter anticanónico y no literario (más bien antiliterario) del testimonio (ver también Delgado, 1999: 28-31). Dicho en otras palabras: evidentemente, en el discurso literario de los años setenta y ochenta en Centroamérica, el ímpetu anticanónico del testimonio se convirtió a su vez en un nuevo canon.

Todas esas categorizaciones presentan problemas de gran significación con respecto a las relaciones entre realidad (extraliteraria) y ficción, entre historiografía y literatura, entre testimoniante y autor, y entre testimonio y canon literario tradicional. En su ya citado manual *Testimonios*, publicado en 1983 en Costa Rica, el cual está dedicado fundamentalmente a elucidar cuestiones técnicas, organizativas y de redacción relativas a la producción textual, la escritora y crítica norteamericana Margaret Randall atribuyó al testimonio una capacidad que lo diferenciaría de las formas tradicionales de la literatura: representar la «verdadera historia» (Randall, 1983, 7). Este estrecho entrelazamiento del testimonio con la historiografía se ha convertido en un elemento constitutivo indispensable en numerosos artículos y estudios sobre la literatura testimonial centroamericana. Su función consistiría primordialmente en la recuperación de la

memoria colectiva y en la transmisión de la historia oculta y reprimida (ver Zavala, 1990: 260). Así, se ha reclamado su carácter subversivo en tanto que «documento metafórico de la versión extraoficial, comúnmente silenciada por los organismos oficiales de la historia» (Narváez, 2000: 114) y documento de la «historia escrita desde abajo» (Craft, 2000: 82; ver Zavala, 1990: 260, 265; Narváez, 2000: 118).

En lógica consecuencia se comenzó a hablar, por un lado, de un doble «contrato de veracidad» (Craft, 2000: 81): a) entre el testificante y el autor/editor, que resultaría en la «anulación del ego del escritor y su identificación incondicional con los protagonistas» (Narváez, 2000: 118); b) entre «el testigo a través de su agente (o *gestor*) y el lector» (Craft, 2000: 81): «El lector sabe que no está sólo frente a un producto de la imaginación, sino ante una forma de registro de la historia real.» (Zavala, 1990: 259ss).¹² Por otro lado, se designó como función principal de la literatura testimonial contemporánea la autorepresentación del sujeto marginalizado y reprimido, del subalterno, del Otro (ver Craft, 2000: 82). Finalmente, a dicha perspectiva sobre el testimonio estuvo ligada la referencia de la incorporación de la tradición oral, del lenguaje popular en todas sus variantes sociolectales y regionales. Precisamente por ese medio, el testimonio rompería con las normas de un concepto tradicional de literatura, haría estallar el canon literario al recurrir a las tradiciones de la cultura popular (ver Zavala, 1990: 291, 387ss).¹³ Sin duda alguna, en el contexto centroamericano, el cual estuvo determinado –en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua en particular– por la supremacía de dictaduras militares durante varias décadas y la represión sistemática o eliminación total de la historia no oficial que las caracteriza, dicho discurso tuvo *per se* un carácter subversivo.

Algunos estudiosos –en especial algunos académicos norteamericanos– incluso fueron más lejos en su argumentación. En su muy reconocido estudio *Literature and Politics in the Central American Revolutions*, John Beverley y Marc Zimmerman inscribieron el testimonio en un

discurso de clase. El testimonio sería «not only a form of representation of popular ideologies and cultural forms; it is also a means of popular-democratic cultural practice, closely bound up with the same motivations that produce insurgency at the economic and political levels» (Beverley/Zimmerman, 1990: 172, ver también 97; ver Zavala, 1990: 257; Beverley, 1989: 23-41, en esp. 35). En esta concepción, el testimonio es visto finalmente no sólo como expresión directa y auténtica de la clase trabajadora y el campesinado (ver Dawes, 1993: 170), sino también como un género o una práctica antiliterarios que habrían dejado atrás el marco de la literatura burguesa:

[...] es evidente [...] que constituye un nuevo género literario posnovelesco. [...] Si la novela tuvo una relación especial con el desarrollo de la burguesía europea y con el imperialismo, el testimonio es una de las formas en que podemos ver y participar a la vez en la cultura de un proletariado mundial en *su* época de surgimiento [...] (Beverley, 1987b: 168)

Los textos de la literatura testimonial fueron entendidos como parte integrante de la resistencia contra la dictadura militar. En Nicaragua, por ejemplo, el testimonio (junto a los textos producidos en los *Talleres de poesía*) pasó incluso a ser una de las prácticas culturales centrales, relacionada directamente con el proyecto de liberación nacional; fue canonizado como expresión del nacionalismo revolucionario en el campo literario, como forma dominante de un «nacionalismo literario».

En un artículo aparecido en 1997, titulado «Hacia una estética del testimonio», la científica literaria guatemalteca María del Carmen Meléndez de Alonzo criticó algunos aspectos de dicha canonización y ortodoxia. Allí llama la atención especialmente sobre la estrecha relación entre el repentino auge de la literatura testimonial en Centroamérica y la agudización del conflicto entre el Estado y la guerrilla, sobre todo en países como Nicaragua y Guatemala, atacando el concepto operativo de la literatura subyacente al testimonio, el cual estaría al servicio de objetivos guerrilleros definidos políticamente. El discurso literario dominante habría favorecido un

concepto del testimonio como literatura comprometida en contraposición con la literatura de entretenimiento y propiciado la exclusión de todo aquello que no correspondiese a esas categorías (ver Meléndez de Alonzo, 1997: 53). Según esta autora, en la literatura testimonial se hace desaparecer al individuo «para que una colectividad se asome al mundo en una obra que busca destinatario» (íbid.). Ve cuatro características determinantes de esa interpretación del testimonio: 1) «anonadamiento del yo y el simbolismo», 2) «exaltación de la mística rebelde», 3) «información por tamiz», y 4) «inserción en la ecología» (íbid. 56-62), llegando a la conclusión de que:

[...] el modelo se ha agotado ya en sí mismo, porque ya no es nuevo y porque –en cierta medida– los conflictos armados en Centroamérica han finalizado. Su persistencia radicará, pues, en la capacidad de autorenovación cualitativa y adaptación a los cambios socio-políticos y económicos globales. (íbid.: 62)

En su artículo titulado «Proceso cultural y fronteras del testimonio nicaragüense», el estudioso de la literatura y escritor nicaragüense Leonel Delgado plantea de manera convincente que esa canonización de los años setenta y ochenta de ningún modo le hace justicia a la diversidad del testimonio en Nicaragua. Éste llama la atención sobre la tradición testimonial en la literatura nacional (parcialmente incluso anterior a la Revolución Cubana), resalta su estrecha relación con el discurso literario o intelectual correspondiente a su época y critica la contradictoria relación entre la subalternidad y las élites culturales y/o políticas, por ejemplo, el carácter primordialmente masculino (o mejor dicho machista) del discurso del «hombre nuevo» (ver Delgado, 1999: 31-39). Este planteamiento tiene aún más sentido si tomamos en cuenta el hecho de que también en los países centroamericanos, que no vivieron directamente los conflictos armados entre la guerrilla y el Estado –como es el caso de Costa Rica, Honduras y Panamá– existe una significativa producción testimonial, que no corresponde a la premisas dogmáticas del discurso dominante sobre el testimonio. Esta producción ha sido ignorada casi por completo por

los «maestros del pensamiento» del discurso testimonial que han reducido Centroamérica a tres países: Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

Finalmente, el estudio y la relectura críticos de algunas obras testimoniales fundacionales de Centroamérica y el Caribe ha –como ya mencioné anteriormente– cuestionado aún más estas premisas. Primero surgió un debate acerca de *Biografía de un cimarrón* (La Habana 1966) del cubano Miguel Barnet, desde la publicación en el año 1997 de los resultados de las investigaciones llevadas a cabo en archivos cubanos por el historiador alemán Michael Zeuske, que se concentra sobre todo en las lagunas en la historia del testimonio de Miguel Barnet sobre el esclavo cimarrón Esteban Montejo, pero que también se refiere a cuestiones estético-literarias (ver Zeuske, 1997a y 1997b; Walter, 2000). Segundo, desde que el periodista Larry Rother anunciara en el *New York Times* en diciembre de 1998 la publicación inminente de una investigación del antropólogo norteamericano David Stoll sobre *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* de Elizabeth Burgos (La Habana: Casa de las Américas 1983), en la cual la guatemalteca Premio Nobel de la Paz (1992) fue acusada de falsear la realidad, se ha desarrollado una polémica discusión al respecto que aún mantiene actualidad. En ella se trata sobre todo de dar respuesta a la cuestión de la legitimación política de la lucha armada de la guerrilla en los años setenta y ochenta en Guatemala, pero también se toca la problemática de la representación de la realidad extraliteraria en el libro de Rigoberta Menchú, uno de los más significativos textos de la literatura testimonial centroamericana (ver Stoll, 1999; Rother, 1998).

Mientras que en estas polémicas se ha cuestionado fuertemente la pretendida relación estrecha entre estos testimonios y la «verdad histórica», así como la premisa del testimonio como fuente directa de la historiografía, insistiendo en los recursos literario-ficcionales del testimonio, más recientemente han aparecido estudios que se ocupan directamente del proceso de producción del testimonio como obra literaria, en especial, de la transformación de los textos iniciales del

testimoniante (grabaciones, entrevistas, videos, anotaciones, etc.), recopilados por un gestor/editor/autor en un producto final: el testimonio impreso. Este es el caso de los estudios de Rafael Lara-Martínez y Werner Mackenbach que se ocupan de la novela testimonio *Miguel Mármol: Los sucesos de 1932 en El Salvador* (1972) del salvadoreño Roque Dalton y del testimonio *La marca del Zorro. Hazañas del comandante Francisco Rivera Quintero contadas a Sergio Ramírez* (1989) del nicaragüense Sergio Ramírez. Ambos estudiosos insisten en la inscripción del testimonio en el campo literario y la necesidad de analizarlo con las herramientas de la ciencia literaria y con métodos lingüísticos para así llegar a la conclusión de que el testimonio, en su afán de crear un efecto de verdad, trabaja con recursos miméticos que caracterizan también las tendencias social-realistas de diversa índole existentes a lo largo del siglo XX.¹⁴

La canonización del testimonio arriba descrita no corresponde, por tanto, de ninguna manera a la realidad de la literatura testimonial en Centroamérica. Una revisión crítica del testimonio que se concentre especialmente en las relaciones entre la realidad extraliteraria y su representación y presentación narrativas en el testimonio, es imprescindible. Esta nueva lectura crítica del testimonio centroamericano demuestra que la canonización llevada a cabo en el seno del discurso literario de los años setenta y ochenta no hace justicia a la diversidad ni a las contradicciones de la literatura testimonial centroamericana y que resultó en una «memoria» excluyente que marginó las producciones testimoniales que no correspondieron a las premisas dogmáticas del discurso sobre el testimonio. Al mismo tiempo indica que a finales de los ochenta y principios de los noventa tuvo lugar un cambio de paradigma. Nuevas preguntas han surgido y las viejas preguntas nos exigen nuevas respuestas en lo que respecta a la relación entre realidad extraliteraria y

mundos literarios, con respecto a la apropiación de realidad y su representación o presentación narrativas.

Para los «maestros del pensamiento» del testimonio estaba –y en parte aún sigue estando– completamente fuera de cuestión, la asunción de que la literatura testimonial se caracteriza por una relación de concordancia o coincidencia entre el mundo narrado y la realidad extraliteraria, o en todo caso por una relación de similitud, como relación de correspondencia o ficción mimética. Esta última ha sido considerada típica sobre todo para la novela testimonio. En efecto, tampoco la literatura testimonial centroamericana de los años ochenta y noventa rompe el estrecho lazo entre historia fáctica e historia narrada (o *histoire* y *récit* en términos de Genette), manteniendo viva esa relación privilegiada. Sin embargo, resulta evidente que la apropiación de la realidad extraliteraria y su presentación y representación narrativas se producen, tanto en lo temático como en lo concerniente a las estrategias discursivas y la interrelación de las instancias narrativas, de formas múltiples; lo que permite ver al testimonio como una forma narrativa abierta e híbrida, ratificando, también en este contexto, el concepto de «dispositivo narrativo fronterizo» utilizado por Mario Roberto Morales.

Ciertamente en la producción testimonial centroamericana de esos años dominan temáticamente las cuestiones relativas a la lucha (armada) contra el régimen militar y a los proyectos de liberación política, social y nacional de la guerrilla; ciertamente determinan los discursos del «hombre nuevo», de la teología de la liberación y de la lucha de clases la representación de las realidades extraliterarias centroamericanas en los mundos narrativos del testimonio en el istmo. No obstante, cabe señalar que la literatura testimonial centroamericana de ningún modo está atada a dichos temas y que la inclusión en un proyecto revolucionario no puede ser considerada bajo ningún concepto una característica indispensable de una definición del testimonio. Por el contrario, en los testimonios escritos a partir de los años noventa es obvio que

el narrador ya no quiere seguir siendo «the synecdochic representative of the collective, the lower class, or an oppressed racial or ethnic group» (170) que Greg Dawes, todavía en 1993, ve como rasgo típico del testimonio. La relación simbiótica revolución-testimonio se desintegra de manera creciente, especialmente en los años noventa. La literatura se emancipa (una vez más) de la revolución.

Una gran diversidad de formas y grados de ficcionalización caracteriza la representación narrativa. La literatura testimonial no se aferra de ningún modo a una relación esclavizante de correspondencia con las realidades extraliterarias; los textos se valen en la misma medida de la ficción mimética, no mimética, e incluso antimimética, esta última en mayor grado igualmente a partir de los años noventa. Este fenómeno se corresponde en la presentación narrativa con una plétora de técnicas y perspectivas de la narración que definitivamente vuelven obsoletos todos los intentos dogmáticos de reducción, exclusión o fijación a la Beverley et al. (ver Beverley, 1989: 12ss). La literatura testimonial se caracteriza en sus diversas formas expresivas por una mayor o menor cercanía o distancia respecto a otros géneros y subgéneros, como la autobiografía, la biografía, la epopeya, la documentación, el informe periodístico, la novela y otros. Así como ésta incorpora elementos de otros géneros y subgéneros, así elementos del testimonio se inscriben a su vez en otros géneros y subgéneros, especialmente en la novela.

Finalmente, la relación de las instancias narrativas narrador/testimoniante y autor/editor está muy lejos de la armonía que le ha adjudicado el discurso dogmático, ya sea como una subordinación consciente del intelectual bajo el subalterno, ya sea en la forma de una fusión simbiótica entre ambos. La relación entre ambos es altamente conflictiva; el terreno en el que los conflictos tienen lugar es el texto mismo. La pregonada reconstrucción auténtica del «otro», del subalterno, se convierte –por el contrario– en una construcción sobredeterminada por los intereses, las ideologías y el acceso al campo político-literario, dominado tradicionalmente por

los integrantes de la clase media letrada. La siguiente apreciación de Linda Craft sobre el indigenismo literario de comienzos del siglo XX se aplica, *mutatis mutandis* (es decir, para la relación autor-testimoniante o letrado-subalterno), a una gran parte de la literatura testimonial:

[...] writers [...] interpret their referent, the indigenous world, with a nonnative system of signs and language (Spanish) and nonnative literary forms (the novel) to nonnative readers [...] The text not only describes cultural and political conflict, it is itself the site of conflict. (Craft, 1997: 35)

En lo que respecta al discurso sobre el testimonio, incluso hay que subrayar que en el caso de Centroamérica dicha relación autor-testimoniante corresponde a una relación primer mundo/intelectuales/teoría/discurso sobre el testimonio – tercer mundo/subalternos/praxis/testimonio. Este discurso ha tenido (y tiene) lugar en gran medida en un campo de batalla fuera de Centroamérica, que ha sido (y es) determinado por los intereses políticos y académicos de la *intelligentsia* del «primer mundo», especialmente en los EEUU. «The desire called testimonio was the desire called Third World literature» escribe Georg M. Gugelberger en la introducción a la por él editada antología de ensayos sobre el tema, en referencia a los intentos de establecer el testimonio en el canon de los estudios literarios de las universidades norteamericanas, resaltando la paradoja de dicho propósito, pues han sido precisamente esos académicos del primer mundo los que se obstinaron (y se obstinan) en afirmar la subversión anticanonica del mismo:

We wanted to have it both ways: from within the system we dreamed about being outside with the 'subaltern'; our words were to reflect the struggles of the oppressed. But you cannot be inside and outside at the same time. (Gugelberger, 1996: 1, 2, ver 3-9; ver Craft, 1997: 2s, 28)

El testimonio y el discurso sobre éste no coinciden. En otro sentido más, la literatura testimonial se convierte en campo de conflictos entre la periferia y el centro; el concepto del «dispositivo narrativo fronterizo» acuñado por Mario Roberto Morales adquiere así una nueva dimensión.

Con este trasfondo, ¿tiene sentido hablar todavía del testimonio como forma propia, género o subgénero? En lo concerniente a nuestro análisis de la literatura testimonial centroamericana, los intentos (que ya han sido llevados a cabo por Barnet y luego por Beverley, entre otros) de establecer el testimonio como (anti)género «posburgués», que al revolucionar la relación entre realidad extraliteraria y mundos novelescos habría dejado atrás a la novela (burguesa), han demostrado sin duda alguna ser inconsistentes. Arturo Arias ha señalado las dificultades de diferenciar de manera fundamental entre novela y testimonio:

Para el testimonio actual, como para la novela decimonónica o la novela realista de principios del siglo veinte, no hay distinción epistemológica entre el hecho narrado y el documento científico, entre la ciencia y el arte, entre la proyección ideal de la nación y la realidad de los proyectos integracionistas. (Arias, 1998a: 17, ver 212s, 214, 217; ver Sommer, 1991: 7)

Dicha distinción válida para la literatura en general, se impuso en los años noventa en el testimonio centroamericano. Si bien a consecuencia del carácter híbrido del testimonio mismo no es factible una definición unívoca, de todos modos me parece que una diferenciación respecto de la novela sí tiene sentido en lo que se refiere a la relación de las instancias narrativas: en el testimonio, el narrador es o recurre a una persona auténtica, real, o bien es construido como tal (en casos extremos, como en las novelas que utilizan los elementos del testimonio de modo ficticio-ficcional). De ahí proviene el particular efecto de realidad que el testimonio produce en el lector. Precisamente esa cualidad ha predestinado al testimonio como una forma y práctica literaria, en la cual pueden expresarse aquellas voces «olvidadas» por las narraciones históricas oficiales, sin por ello tener que definirse ideológica y políticamente de modo terminante. Por lo tanto, hablar del testimonio como de un género o subgénero específico, incluye los dos aspectos siguientes: las relaciones de interdependencia de las instancias narrativas en el testimonio se basan en una serie de tipo narrador–autor–texto–lector o mejor dicho narrador (real)–autor–texto–narrador–lector (en contraposición con el esquema clásico autor–texto/narrador–lector).

Además, se hace necesario un concepto histórico que no pierda de vista la función del testimonio en el campo político-literario y que incluya sus itinerantes relaciones con otros géneros y subgéneros, particularmente con la novela (ver Craft, 1997: 22, 188-191). En este sentido, también para el testimonio se puede afirmar la existencia de una relación oscilante entre ficción y dicción similar a la que Ottmar Ette reclama, en sus estudios sobre la obra de Roland Barthes y el relato de viajes, partiendo de la ya clásica dicotomía de Gérard Genette. Las características aquí descritas del testimonio lo acercan a una producción y recepción textual que Ette califica como *friccional*, aunque en el caso de la literatura testimonial con una clara preponderancia de los elementos ficcionales (no obstante lo cual el peso de los mismos perfectamente puede variar en las distintas formas híbridas y subformas del testimonio, que también tiene que ser valorado de manera diferente según las correspondientes condiciones históricas de producción y especialmente de recepción).¹⁵

Una consecuencia de lo expuesto es la de hablar de *literatura* testimonial, es decir, que el análisis del testimonio debe operar con categorías de la historia y la ciencia literarias. De ello se deduce que el testimonio debe ser aceptado como parte integrante del corpus literario, o que, dicho de otro modo, ha recibido la ciudadanía en el seno del discurso sobre la literatura centroamericana, el cual ha sido determinado tradicionalmente por un desprecio del testimonio o por su descalificación como género de «segunda categoría». Es obvio que –como argumenta Magda Zavala (ver 1990: 295ss, 379ss)– desde los años setenta el testimonio representa un (sub)género literario significativo, sin cuyo estudio es impensable una investigación académica seria de la literatura de aquella época.

Otra consecuencia consiste en abandonar definitivamente la confusa mezcla de historiografía (entendida de forma positivista) y literatura (sobre esto ver también Arias, 1998a: 212, 215, 217). La canonización del testimonio en los años setenta y ochenta ha cedido el paso a

una «neue Unübersichtlichkeit» (Habermas) –una nueva complejidad– como se ha visto en las heterogéneas y múltiples tendencias dentro de la literatura testimonial misma. Con el testimonio posrevolucionario, la utilización de elementos testimoniales en textos ficcionales recientes y en las memorias autobiográficas, documentales y al mismo tiempo explícitamente ficcionales se ha producido, definitivamente, un cambio de paradigma. El rasgo distintivo de esta novísima literatura testimonial es el haber perdido la fe en «una» verdad histórica (de modo similar a la nueva novela histórica),¹⁶ el haber abandonado el reclamo de representatividad en nombre del subalterno y el haber recuperado la pretensión de literariedad. Individualización, fragmentación, relativización y ficcionalización caracterizan la mayoría de dichos textos. Con ello, ha cambiado también la función del testimonio en la construcción de la identidad nacional, su rol como lugar privilegiado de las narraciones magistrales nacionales.

¿Fin o futuro del testimonio? Para Beverley y Zimmerman era, ya a finales de los años ochenta, un hecho consumado que la integración del testimonio en el campo literario lo despojaría de su función innovativa y revolucionaria (y en consecuencia según ellos su razón de ser) (Ver Beverley, 1987b: 167; Beverley/Zimmerman, 1990: 188; ver Zavala, 1990: 275ss). Para Gugelberger fue necesario precisar incluso «how this movement from an authentic margin has been betrayed by inclusion in the Western canon, which can be considered as yet another form of colonization» (Gugelberger, 1996: 13, ver también 17), para –aferrado a las premisas más dogmáticas del discurso sobre el testimonio– hacerse a la búsqueda de la nueva forma «revolucionaria» y «(to) find other developments that now have the potential the testimonio had years ago» (íbid.: 14). Finalmente, Linda Craft ve en la conservación del impulso original antirepresivo (y no o también antiliterario), con el cual los reprimidos por los nuevos gobiernos revolucionarios «continue to write testimony protesting the injustices of the new regimes [...] still

a place for testimony» (Craft, 1997: 191ss.) A mí me parece que lo que ocurre es exactamente lo contrario: si algo de la energía subversiva del testimonio puede sobrevivir, es por su ficcionalización, su reluctant incorporación en el amplio campo de la novela o de la ficción literaria.

¿Pero no quiere decir esto que el testimonio ha perdido definitivamente su papel para los procesos identitarios de las sociedades centroamericanas en la actualidad, su función fundamental contra el olvido y la mentira en los dolorosos intentos de reconciliación y de construcción de un futuro basado en la memoria –su posición estratégica entre la memoria y la historia-? De ninguna manera. La memoria organizada, transformada, ficcionalizada en testimonio(s) mantiene su papel en los procesos sociales y culturales en contra del olvido. Sigue siendo una forma privilegiada de narración para la construcción de la historia, especialmente por su carácter particular, es decir, la relación de lo narrado con una fuente extraliteraria auténtica (en contraposición a la novela), o como resume Elizabeth Burgos en su ya citado ensayo acerca del testimonio de Rigoberta Menchú:

No obstante, cualesquiera que hayan sido sus motivaciones: estratégicas, políticas o narcisistas, su testimonio seguirá ocupando en el mundo indígena el espacio del coro en las tragedias griegas: la prosopopeya que permitió se escuchara la voz de los muertos y contribuyó a que cesara la invisibilidad de una cierta categoría de seres. (Burgos, 2001: 74)

Con el testimonio como epopeya, sin embargo, se renuncia definitivamente a la pretensión de contar «la verdad», de fungir como fuente inmediata de la historiografía. Aunque un testimonio se puede transformar en un texto representativo de una colectividad, de una clase, de una nación, de una época o una situación política, no es más que una voz. La historia como ciencia no puede y no debe renunciar a su tarea esencial de completar, verificar, cuestionar esta voz con otras, y en esta tarea crítica tiene que recurrir a las herramientas de sus disciplinas

hermanas, los estudios literarios y lingüísticos, al igual que tiene que recurrir a fuentes no ficcionales valiéndose de otras disciplinas como la sociología, la economía y la politología.

«La memoria humana es un instrumento maravilloso pero engañoso» –escribe Primo Levi en sus memorias sobre sus años en Auschwitz (Levi, 1989: 23; citado en Burgos, 2001: 41). No obstante, es también un instrumento absolutamente necesario para el futuro de las sociedades, no solamente las centroamericanas.

O como lo dice el autor guatemalteco «desaparecido» Luis de Lión en su novela *El tiempo principia en Xibalbá*:

[...] luego cuando se murieron los bisabuelos que les contaban estas historias a los abuelos, luego cuando se murieron los abuelos que les contaban estas historias a los padres, luego cuando se murieron los padres que les contaban estas historias a los hijos y así hasta toparse con el último recuerdo que ya no recordaban y cuando recordaron todos empezaron a caminar para adelante, a chocar contra todo lo que deseaban, por ejemplo un pedazo de tierra, que los hijos no se murieran de sarampión, de tosferina, [...] que a las niñas no se fueran a hacer nada antes de tiempo, [...] que no hubiera sequía, [...] que el próximo gobierno no fuera otro hijo de puta, [...] que ya no se llevaran a los hijos al cuartel, [...] que no hubiera tercera guerra mundial, que ya no hubiera ese cuento de bolos que se llamaban elecciones, [...] que los gringos se fueran a la mierda y se hicieran mierda con los rusos pero no con otras naciones y, en fin, que estuvieran de verdad vivos y no muertos. (De Lión, 1996: 59)

Bibliografía

Arias, Arturo. *Gestos ceremoniales. Narrativa centroamericana 1960–1990*. Guatemala: Artemis & Edinter, 1998a

Arias, Arturo. *La identidad de la palabra. Narrativa guatemalteca a la luz del siglo XX*. Guatemala: Artemis & Edinter, 1998b

Arias, Arturo. *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis, London: University of Minnesota Press, 2001

Balsells Tojo, Edgar Alfredo. *Olvido o Memoria. El dilema de la sociedad guatemalteca*. Guatemala: F&G Editores, 2001

Barnet, Miguel. *Biografía de un cimarrón*. Barcelona: Ariel, 1968

Barnet, Miguel. «La novela testimonio: socio-literatura», en: Barnet, Miguel. *Canción de Rachel*. Barcelona: Editorial Laia, 1979, 125-150

Barrios de Chamorro, Violeta. *Sueños del corazón. Memorias*. Madrid: Editorial Acento, 1997

Belli, Gioconda. *El país bajo mi piel. Memorias de amor y guerra*. Barcelona, Managua: Plaza & Janés, anamá ediciones, 2001

Beverley, John. «Anatomía del testimonio», en: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. XIII, no. 25, 1987a, 7-16

Beverley, John. *Del Lazarillo al Sandinismo. Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1987b

Beverley, John. «The Margin at the Center: On *Testimonio* (Testimonial Narrative)», en: *Modern Fiction Studies*, 35, no. 1, 1989, 11-28

Beverley, John. «¿Postliteratura? Sujeto subalterno e impasse de las humanidades», en: González Stephan, Beatriz (comp.) *Cultura y Tercer Mundo. Cambios en el saber académico*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1996, 137-166

Beverley, John. «The Real Thing», en: Gugelberger, 1996, 266-286

Beverley, John/Achúgar, Hugo (eds.) *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Ciudad de Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2002

Beverley, John/Zimmerman, Marc. *Literature and politics in the Central American Revolutions*. Austin, Texas: University of Texas Press, 1990

Blandón, Chuno. *Cuartel general*. Managua: Editorial La Ocarina, 1988

Burgos, Elizabeth. «Memoria, transmisión e imagen del cuerpo: Variaciones y recreaciones en el relato de un escenario de guerra insurgente», en: Morales, 2001, 19-85

Cardenal, Ernesto. *Vida perdida. Memorias Tomo I*. Managua: anamá ediciones, 1999

Cardenal, Ernesto. *Las ínsulas extrañas. Memorias Tomo II*. Managua: anamá ediciones, 2002

Cardenal, Ernesto. *La Revolución Perdida. Memorias Tomo III*. Managua: anamá ediciones, 2003

Castellanos Moya, Horacio. *Recuento de incertidumbres. Cultura y transición en El Salvador*. San Salvador: Ediciones Tendencias, 1993

Castellanos Moya, Horacio. *El arma en el hombre*. México, D.F.: Tusquets Editores, 2001

Castillo Guerrero, Ernesto. *Algo más que un recuerdo*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores, 1997

CEH. *Guatemala, memoria del silencio*. Guatemala: UNOPS, 1998

Collazos, Oscar et al. *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México, D.F.: Siglo XXI, 1977

Cortez, Beatriz. «La verdad y otras ficciones: Visiones críticas sobre el testimonio centroamericano», en: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, no. 2, julio-diciembre 2001 <<http://www.denison.edu/istmo>>

Craft, Linda, 1997: *Novels of testimony and resistance from Central America*. Gainesville, Florida: University Press of Florida

Craft, Linda. «Al margen de la función testimonial en dos novelas recientes de Manlio Argueta», en: Román-Lagunas, 2000, 81-90

Dalton, Roque. *Miguel Mármol: Los sucesos de 1932 en El Salvador*. San José: EDUCA, 1972

Dawes, Greg. *Aesthetics and revolution: Nicaraguan poetry, 1979-1990*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993

Delgado Aburto, Leonel. «Proceso cultural y fronteras del testimonio nicaragüense», en: *El Angel Pobre. Revista de Teoría, Crítica y Creación*, no. 7, 1999, 28-40

Delgado Aburto, Leonel. «Proceso cultural y fronteras del testimonio nicaragüense», en: Delgado, Leonel. *Márgenes recorridos: apuntes sobre procesos culturales y literatura nicaragüense del siglo XX*. Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 95-112, 2002

De Lión, Luis. *El tiempo principia en Xibalbá*. Guatemala: Artemis-Edinter, 1996

Dill, Hans Otto/Gründler, Carola/Gunia, Inke/Meyer-Minnemann, Klaus (eds.) *Apropiaciones de realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*. Frankfurt am Main/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 1994

Dröscher, Barbara. «El testimonio y los intelectuales en el triángulo atlántico. Desde *El Cimarrón*, traducido por H. M. Enzensberger, hasta la polémica actual en torno a *Rigoberta Menchú*, de Elizabeth Burgos», en: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, no. 2, julio-diciembre 2001 <<http://www.denison.edu/istmo>>

Ette, Ottmar. *Roland Barthes. Eine intellektuelle Biographie*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1998

Ette, Ottmar. *Literatur in Bewegung. Raum und Dynamik grenzüberschreitenden Schreibens in Europa und Amerika*. Weilerswist: Velbrück Wissenschaft, 2001

Galich, Franz. *Huracán corazón del cielo*. Managua: Signo Editores, 1995

Garscha, Karsten. «El apogeo de la Nueva Novela Hispanoamericana», en: Dill/Gründler/Gunia/Meyer-Minnemann, 1994, 281-306

Genette, Gérard.: *Fiction et diction*. Paris: Editions du Seuil, 1991

Genette, Gérard. *Fiktion und Diktion*, München: Fink, 1992

Gugelberger, Georg M. (ed.) *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*. Durham, London: Duke University Press, 1996

Guido, Danilo. *Testimonios de aquella década*. s.l., s.e., 1993

Guido, Danilo. *Humo en la balanza*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores, 2001

Harlow, Barbara. «Cárceles clandestinas: interrogación, debate y diálogo en El Salvador», en: Román-Lagunas/Mc Callister, 1999, 111-141

Jara, René/Vidal, Hernán (eds.) *Testimonio y literatura*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986

Lara Martínez, Rafael. *La tormenta entre las manos. Ensayos sobre literatura salvadoreña*. San Salvador: Dirección de Publicación e Impresos, 2000

Lara-Martínez, Rafael. «Indigenismo y encubrimiento testimonial. El 32 según ‘Miguel Mármol. Manuscrito. 37 páginas’ de Roque Dalton», en: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, no. 11, julio-diciembre 2005 <<http://www.denison.edu/istmo>>

Lara-Martínez, Rafael, s.f.: «Cultura de paz: herencia de guerra. Poética y reflejos de la violencia en Horacio Castellanos Moya» <<http://sololiteratura.com/hor/horculturadepaz.htm>>

- Latin American Subaltern Studies Group. «Founding Statement», en: *boundary 2*, 20, no. 3, 1993, 110-121
- Levi, Primo. *Naufragés et rescapés, quarante ans après Auschwitz*. París: Gallimard, 1989
- Liano, Dante. *El hombre de Montserrat*. México, D.F.: Editorial Aldus, 1994
- Lienhard, Martin. «Murmulllos y ecos de voces enterradas. Acerca de los testimonios indígenas coloniales», en: Ribero, 1991, 9-25
- Mackenbach, Werner. «Realidad y ficción en el testimonio centroamericano», en: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, no. 2, julio-diciembre 2001
<<http://www.denison.edu/istmo>>
- Mackenbach, Werner. *Die unbewohnte Utopie. Der nicaraguanische Roman der achtziger und neunziger Jahre*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 2004
- Meléndez de Alonzo, María del Carmen. «Hacia una estética del testimonio», en: *Letras de Guatemala*, no. 16-17, 1997, 53-64
- Morales, Mario Roberto. «Entre la verdad y la alucinación: novela y testimonio en Centroamérica», en: Román-Lagunas, 2000, 23-28
- Morales, Mario Roberto (coord.), 2001: *Stoll-Menchú: La invención de la memoria*. Guatemala: Consucultura
- Narváez, Carlos Raúl. «Manlio Argueta y la (re)escritura de la historia salvadoreña: *Un día en la vida*», en: Román-Lagunas, 2000, 109-120
- Nelson, Cary/Grossberg, Lawrence (eds.) *Marxism and the Interpretation of Culture*. Urbana: University of Illinois Press, 1988
- Ortega Saavedra, Humberto. *La epopeya de la insurrección*. Managua: Lea Grupo Editorial, 2004
- Pallais, María Lourdes. *La carta*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996
- Pérus, Françoise. «El otro testimonio», en: *Casa de las Americas*, 1989, no. 174
- Ramírez, Sergio. *La marca del Zorro. Hazañas del comandante Francisco Rivera Quintero contadas a Sergio Ramírez*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1989
- Ramírez, Sergio. *Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*. México, D.F.: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 1999
- Randall, Margaret. *Testimonios*. San José: Centro de Estudios y Publicaciones Alforja, 1983

Richard, Nelly. «El mercado de las confesiones y el auge de la literatura ego», en: *Humboldt*, no. 140, 2004, 41-43

Ribero, Julio P. *El testimonio en la literatura latinoamericana. IX Congreso de AELSAL, mayo de 1991*. Neuchâtel : Institut de langue et littérature espagnoles, 1991

Ricœur, Paul. *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Seuil, 2000

Rincón, Carlos. *El cambio actual de la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. Subdirección de Comunicaciones Culturales. División de Publicaciones, 1978

Román-Lagunas, Jorge (comp.) *Visiones y revisiones de la Literatura Centroamericana*. Col. Centro Internacional de Literatura Centroamericana, vol. 3. Guatemala: Editorial Oscar de León Palacios, 2000

Román-Lagunas, Jorge/Mc Callister, Rick (comp.) *La literatura centroamericana como arma cultural*. Col. Centro Internacional de Literatura Centroamericana, vol. 1. Guatemala: Editorial Oscar de León Palacios, 1999

Román-Lagunas, Vicki. «Testimonio femenino centroamericano: otra visión de la historia», en: Román-Lagunas, 2000, 99-108

Skłodowska, Elzbieta. *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría, poética*. Frankfurt am Main: Peter Lang, Europäischer Verlag der Wissenschaften, 1992

Skłodowska, Elzbieta. «Spanish American Testimonial Novel. Some Afterthoughts», en: Gugelberger, 1996, 84-100

Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991

Spivak, Gayatri Chakravorty. «Can the Subaltern Speak?», en: Nelson/Grossberg, 1988, 271-313

Steele, Cynthia. *Politics, Gender, and the Mexican novel, 1968-1988: Beyond the pyramid*. Austin: University of Texas Press, 1992

Stoll, David. *Rigoberta Menchú, and the Story of all poor Guatemalans*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1999

Stoll, David. «Rigoberta y el general», en: Morales, 2001, 127-144

Walter, Monika. «Testimonio y melodrama: en torno a un debate actual sobre *Biografía de un cimarrón* y sus consecuencias posibles», en: Reinstädler, Janett/Ette, Ottmar (eds.) *Todas las islas la isla. Nuevas y novísimas tendencias en la literatura y cultura de Cuba*. Frankfurt am Main/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2000, 25-38

Yúdice, George. «*Testimonio* and Postmodernism», en: *Latin American Perspectives* 18, no. 3, summer 1991, 15-31

Zavala, Magda. «La nueva novela centroamericana. Estudio de las tendencias más relevantes del género a la luz de diez novelas del período 1970-1985». Tesis doctoral. Université Catholique de Louvain, 1990

Zeuske, Michael. «Der 'Cimarrón' und die Archive. Ehemalige Sklaven, Ideologie und ethnische Gewalt in Kuba», en: *Grenzgänge*, vol. 8, no. 4, 1997, 122-139

Zimmerman, Marc. *Literature and Resistance in Guatemala*. 2 tomos. Ohio: Ohio University Press, 1995

Notas

¹ Ver el Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico en doce volúmenes (CEH, 1998).

² En especial, se refiere a las memorias de la ex-ministra de Justicia del gobierno de Pinochet, Mónica Madariaga, y de la actual presidenta del Partido Comunista de Chile, Gladys Marín. Una versión más larga de su ensayo fue publicada bajo el título «El mercado de las confesiones (lo público y lo privado en los testimonios de Mónica Madariaga, Gladys Marín y Clara Szcvaranski)», en: *Revista de Crítica Cultural*, no. 26, junio de 2003. En este ensayo se dedica particularmente a revisar las relaciones entre género y poder y a las representaciones de la mujer como figura pública.

³ Por ejemplo, los testimonios de Danilo Guido (1993 y 2001) y Ernesto Castillo Guerrero (1997); ver mi estudio sobre la novela y el testimonio en Nicaragua (Mackebach, 2004; esp. 118-137) y mi ensayo sobre el testimonio en Centroamérica (Mackebach, 2001).

⁴ Por ejemplo, las novelas de Chuno Blandón (1988), Dante Liano (1994), Franz Galich (1995), María Lourdes Pallais (1996) y Horacio Castellanos Moya (2001); ver Mackebach (2004: 141-144).

⁵ En el caso nicaragüense, por ejemplo, los textos de Violeta Barrios de Chamorro (1997), Sergio Ramírez (1999), Gioconda Belli (2001), Ernesto Cardenal (1999, 2002 y 2003) y Humberto Ortega (2004); ver Mackebach (2004: 137-141).

⁶ De manera similar, Cynthia Steele habla de la «testimonial novel» y de la «social and political chronicle» como «the quintessential narrative genre of the seventies and eighties» (Steele, 1992: 11) en México.

⁷ Junto a los textos de Barnett (1979) y Collazos/Cortázar/Vargas Llosa (1977), la mayoría de esos textos se encuentra documentada en detalle en las siguientes antologías: Jara/Vidal (1986), Beverley/Achúgar (1992) y Gugelberger (1996), así como también en diversos números de las revistas *Casa de las Américas* y *Latin American Perspectives* (ver la bibliografía de Gugelberger, 1996: 287-304) publicados en los años ochenta y noventa, en particular los trabajos de Beverley, Casaus, Colás, Duchesne, Harlow, Jara, Pérus, Prada Oropeza, Randall, Sklodowska, Sommer, Yúdice, Zimmerman y otros. Ver también el estudio de Rincón (1978), los trabajos del Latin American Subaltern Studies Group (1993) y los estudios de autores indios (en especial Spivak, 1988).

⁸ Valga citar de manera ejemplar las publicaciones de los científicos literarios norteamericanos John Beverley y Marc Zimmerman: Beverley, 1987a, 1987b, 1989, 1995; Beverley/Zimmerman, 1990; Zimmerman, 1995.

⁹ Entre ellos se encuentra, siendo uno de los más exhaustivos, el estudio crítico de Elzbieta Sklodowska (1992), que también incluye una excelente bibliografía.

¹⁰ Ver también Beverley, 1987b: 157; Beverley/Zimmerman, 1990: 173. De manera similar, George Yúdice definía, todavía en 1991, el testimonio como «an authentic narrative, told by a witness who is moved to narrate by the urgency of a situation (e.g., war, oppression, revolution, etc.). Emphasizing popular, oral discourse, the witness portrays his or her own experience as an agent (rather than a representative) of a collective memory and identity. Truth is summoned in the cause of denouncing a present situation of exploitation and oppression or in exorcising and setting right the official history.» (Yúdice, 1991: 17; ver Gugelberger, 1996: 9) Considerando la heterogeneidad del testimonio en lo que respecta a las diferencias de forma y contenido de la narración, así como también la forma de su publicación, Beverley llamó la atención, en su texto de 1989, sobre el carácter provisorio y problemático de toda definición: «[...] any attempt to specify a generic definition for it, as I do here, should be considered at best provisional, at worst repressive» (Beverley, 1989: 13, citado aquí según Gugelberger, 1996: 25; ver también Beverley, 1987b: 153-158). Esto no impidió que la fórmula propuesta por él en 1989 fuera aceptada como definitiva en muchos estudios sobre el tema (ver Cortez, 2001). En artículos posteriores, el mismo Beverley relativizó su posición, aunque manteniendo algunas premisas como la adjudicación de un contenido mayor de realidad al testimonio en comparación con las novelas del boom, en general la polémica contra la nueva novela hispanoamericana, la afirmación de la subversividad antiliteraria y anticanonica del testimonio y del testimonio como una práctica cultural democrática, que permitiría una nueva relación entre intelectuales y subalternos. El testimonio fue caracterizado como el prototipo de un «concepto no literario de la literatura», como «posliteratura». (Beverley, 1995: 165ss, ver también 145, 153, 158, 161ss. y Beverley, 1996: 266-286)

¹¹ Ver ampliamente Mackebach, 2004: 68-69 (nota 11).

¹² Con respecto a esta función, de otorgarle un nombre y una voz a un pueblo anónimo (ver Beverley, 1987b: 165ss), se ha afirmado que en el testimonio se establece una especie de «convivencia y dependencia mutua» (íbid.: 165), una «relación simbiótica entre locutor e interlocutor» (Vicki Román-Lagunas, 2000: 107), es decir, entre el testimoniante (representante de la clase subalterna) y el escritor, editor o entrevistador (miembro de la clase media o alta). Este

parecer se ha convertido en una rígida ortodoxia que parte de la idea de una subordinación total al testimoniante y de una identificación con los intereses del mismo por parte del intelectual progresista comprometido con la causa del oprimido, que oficia de autor o editor del testimonio.

¹³ Zavala y Craft (2000: 81) remiten en este contexto a las raíces históricas del testimonio contemporáneo centroamericano: los cuentos de camino del «narrador popular, el ‘cuentero’» pero también del «‘cuenta cuentos’, el fabulador espontáneo comunitario» (Zavala, 1990: 291) y «una forma jurídica antigua [...] desde los tiempos de la conquista, cuando se usaba el testimonio como un documento legal en el que un testigo/solicitante reclamaba lo que se le debía» (Craft, 2000: 81). Estas tradiciones habrían sido reactivadas en el contexto centroamericano de los años sesenta, setenta y ochenta –es decir, en una situación de represión y opresión masivas (ver íbid. y Zavala, 1990: 249ss). Sobre este tema ver también el artículo «Murmulllos y ecos de voces enterradas. Acerca de los testimonios indígenas coloniales» de Martin Lienhard (1991).

¹⁴ Ver los estudios de Michael Zeuske (1997), Monika Walter (2000), David Stoll (1999 y 2001), Arturo Arias (2001), Mario Roberto Morales (2001), Rafael Lara-Martínez (2000, 2005 y s.f.), Werner Mackenbach (2004) y Beatriz Cortez (2001).

¹⁵ Ette define su concepto de la literatura friccional del siguiente modo: «Entre los polos de ficción y dicción, el relato de viajes lleva [...] a una fricción, en tanto y en cuanto las delimitaciones terminantes son evitadas del mismo modo que los intentos de establacer amalgamas estables y formas mixtas. En contraposición a la novela, el relato de viajes constituye una forma híbrida no sólo en relación a los géneros que incorpora y a la multiplicidad de hablas de los mismos, sino también en lo que respecta a su capacidad para eludir la contradicción entre ficción y dicción. El relato de viajes lima la frontera entre dichas áreas: corresponde a un ámbito literario que podemos denominar como literatura friccional.» (Ette, 2001: 48; sobre Roland Barthes, ver Ette, 1998: esp. 312; en general: Genette, 1992: esp. 31ss).

¹⁶ Ver a este respecto Mackenbach (2004: 270-347).